

En un bonito estuche de cartón, Juan Ortiz Escamilla presenta tres volúmenes titulados: *Veracruz en armas. La guerra civil 1810-1820, Veracruz. La guerra por la independencia de México, 1821-1825*, y *Revisión histórica de la guerra de independencia en Veracruz*. Los dos primeros son antologías de textos en su mayoría inéditos, producto de una larga investigación en archivos españoles, mexicanos y de Norteamérica. Debemos reconocer de entrada el arduo y feliz trabajo de recopilación que nos proponen Ortiz Escamilla y sus eficaces colaboradores, David Carvajal López y Paulo César López Romero.

El último volumen reúne artículos de historiadores, especialistas en la materia, que respondieron a la invitación del coordinador a repensar este evento fundador de la nación mexicana. Encontraremos ahí sugerentes ensayos de Guy Rozat, Luis Jáuregui, Guillermina del Valle, José Antonio Serrano y Manuel Chust, Adriana Gil, Michael Ducey, Johanna von

Grafestein, Alfredo Avila, Juan Ortiz, Christon Archer, David Carvajal y Celia del Palacio.

Comienzo esta reseña constatando que los tres tomos fueron impresos con una letra tan pequeña, que cansa rápidamente la vista de cualquier curioso; entiendo que si se escogió ese tamaño de letra, es porque el volumen de textos escogidos lo ameritaba pues de otra forma hubieran salido cuatro o cinco volúmenes. Para la lectora apurada que soy me pareció, sin embargo, que faltaban índices temáticos, no digo esto como una crítica, sino más bien para subrayar que la masa de documentos recopilados lo merece ampliamente; un índice cronológico es útil si sabemos de antemano la fecha y el lugar que buscamos, es decir, si el lector tiene ya un conocimiento previo de lo que quiere. Creo que el interés de este gran conjunto documental no es sólo para investigadores o eruditos en el tema, sino para los jóvenes en formación que pueden encontrar ahí vetas nuevas de investigación. Por ejemplo, a mí, que me interesa el papel de las mujeres durante el largo proceso de independencia, un índice cronológico me fue insuficiente, hubiera tenido que pasarme muchos días para encon-

* Juan Ortíz Escamilla (coord.), *Veracruz, 1810-1825*, 3 vols., Gobierno del Estado de Veracruz-Secretaría de Educación-Comisión Estatal del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución Mexicana/Universidad Veracruzana, Xalapa, 2008, 399 + 461 + 293 pp.

trar sólo alguna mención sobre esa participación femenina. Otro investigador interesado en el problema del abasto y de las innumerables dificultades que se debieron tener para abastecer a las tropas, a las ciudades rebeldes, así como a las fieles a España, también deberá leer el conjunto de los documentos, aunque seguramente encontrará mucha más información. Considerando esa riqueza documental, habría que buscar la forma y manera de tratarla electrónicamente para que esta Suma pueda realmente volverse un manantial documental casi inagotable para la historia de Veracruz en ese periodo.

Una consulta al azar

Como no realicé una lectura sistemática de esos tres volúmenes, decidí recurrir a una práctica de los textos muy en boga en los siglos XVI y XVII y que consistía en abrir los textos sacros, el Antiguo o el Nuevo Testamento, al azar y encontrar en esa página la solución a una pregunta dada. Si lo que tenemos frente a nosotros es auténticamente una Suma me pareció legítimo abrir al azar el volumen I.

En la página 190, me encontré con el texto 158, que es el “Diario de la parte topográfica y estadística del terreno que recorre la división al mando del brigadier D. Fernando Miyares y Mancebo, que da principio el 21 de junio de 1815 y finaliza

en el día de la fecha [26 de junio del mismo año]”. Espero que disculpen que haya “escogido” un texto del “enemigo”, aunque puedo decir en mi descarga, que fue la suerte quien lo hizo. De cualquier manera era muy probable que cayera sobre un texto del campo español, ya que, sin haber hecho un conteo estadístico, éstos dominan esta antología. Espero también que no vean en ello una pereza nacional del campo insurgente, ya que en un conflicto como el de la guerra de independencia, el que genera más documentos es el espacio antes dominante, los documentos insurgentes eran más bien discretos y secretos, o actas.

Extractos del “Diario” del brigadier Miyares

El “Diario” narra su enfrentamiento con una naturaleza americana que favorece y arropa a los insurgentes. Al estar ya advertido de los peligros de la llanura tropical, el brigadier buscará a toda costa proteger a sus soldados tanto de esa naturaleza como de los ataques de los insurgentes. El relato de su recorrido nos ofrece un panorama del estado de los “camino veracruzanos”. Fuera de los clásicos y escasos caminos conocidos, describe un gran número de veredas utilizadas desde hacía siglos por los arrieros, y probablemente, mucho antes que ellos, por las comunidades americanas para relacionar al

altiplano con la costa, e inmediatamente nos viene a la memoria los sistemas de correos que llevaban pescado fresco a la mesa de Motecuhzoma. Me parece que recopilar todas esas veredas y reportarlas sobre un mapa sería muy enriquecedor para entender la geografía humana colonial y los intercambios regionales, así como los desplazamientos de las partidas de insurgentes.

Como todo militar de carrera, al brigadier le hubiera gustado caminar con su tropa según las recomendaciones que le marcaban los manuales de guerra, es decir, con sus alas de cazadores, protegiendo los flancos del grueso de la tropa, a fin de prever cualquier emboscada. Sin embargo, la naturaleza americana se oponía a esa manera de desplazarse: “[...] el camino estrecho y bordeado de espesos matorrales y espinos impenetrables”, hace que sea “absolutamente imposible extender un ala de cazadores, ni hacerlos marchar por los flancos”, escribe en su diario.

Pero no solamente esa naturaleza hostil se oponía a la marcha de los soldados realistas, sino que ofrecía un terreno favorable a las emboscadas; era tan espeso el matorral, que un soldado con los brazos abiertos podría casi tocar los fusiles de los rebeldes sin notar su presencia. Por lo tanto, los soldados tienen que redoblar su atención, tanto más que el brigadier ya se ha topado antes con lugares donde los insurgentes habían utilizado esa naturaleza, dándonos una descripción

detallada de esas invisibles trampas que fabricaban de manera muy astuta los rebeldes.

En su recorrido de Veracruz a Xalapa, por la parte costera, describe cómo se podían cruzar los ríos Vergara, Media y Grande, sin grandes dificultades, ya que a pesar de que sus aguas llegaban a la rodilla de los hombres, él consideró mucho más conveniente construir puentes provisionales, no quería que la tropa se mojara los pies por considerarlo sumamente malsano. Puentes fáciles de realizar debido a que había un gran número de troncos enterrados en la arena. El brigadier menciona un terreno que hoy se conoce bien, llamado Manga de Clavo, es decir, que todavía no existía la hacienda que hará célebre a Su Alteza Serenísima, y es más bien, en esa época, un inhóspito páramo despoblado.

Un poco después, al encontrar una casita, la manda incendiar, suponiendo que si sus habitantes habían huido, no podían ser más que bandidos rebeldes. En ese recorrido no encontró ni un solo habitante. Al llegar al pueblo de la Antigua descubrió pocas casas arruinadas y una iglesia en el mismo estado. Su horror al desierto, muy propio de la cultura dieciochesca, se manifiesta cuando escribe: “[...] la falta de habitantes hace que esto sea un desierto horroso, que transitan algunos bandidos. En consecuencia, nada de producciones y mucho menos de industria”.

Esa ausencia es algo que se opone a la dominación real de esos espacios, ya que no pueden conseguir comida en estos páramos hostiles, ni dejar pequeñas partidas de soldados con armas y alimentos para controlar los pequeños espacios reconocidos. La hostilidad general del clima le sugiere algunas notas sobre lo malsano de esa tierra caliente: “Este país [...] es sumamente malsano en los meses de junio, julio, agosto y septiembre [...] un aguacero es suficiente para destruir una división europea en estos meses, y en los restantes del año no es sano, de forma que es necesario tener el mayor cuidado para conservar la salud de las tropas”. Recordemos que en esa vieja medicina europea de los humores, el agua tiene un poder debilitador, sin embargo, nuestro brigadier, como buen ilustrado, aprovecha su marcha para llevar a cabo experimentos: “[...] he dado la orden para que todos los que se mojen por algún accidente o por la lluvia se laven inmediatamente con aguardiente las palmas de las manos, plantas de los pies, corvas, cogote y los hombros, y anotaré los resultados de esta medida que he tomado con el parecer de algunos facultativos experimentados”.

Sabía que el camino sería difícil: “Algunos buenos españoles me anunciaron en Veracruz que por lo impenetrable del monte no se puede dar un paso sin llevar un machete en la mano para irse abriendo una senda”.

Concluye que ese camino no debía ser considerado jamás como un camino militar, uno, porque en el cruce del río se perdían muchas horas y debía “costar mucha sangre”, si los rebeldes lo defendían “medianamente”; dos, porque La Antigua era uno de “los parajes más malsanos” de toda la tierra caliente, y la permanencia de una división europea en aquel punto, podía causar “mucho pérdida de hombres”; tres, porque en tiempos de lluvia no podía transitarse, y cuarto, porque “desde La Antigua hasta llegar cerca del Pando, que son como [...] dos leguas y media, van las tropas en absoluta imposibilidad de obrar de un modo conveniente sin movilidad, porque la estrechura del camino no permite ninguna, y sin poder ni aun ver a los enemigos que los ofenden, ni poderse dirigir a ellos mientras sufren un fuego que los destruye, y mientras son asesinados impunemente por los emboscados de los enemigos”. Esa descripción de la vulnerabilidad de las tropas realistas regulares no proviene de alguna imposibilidad estratégica propia, sino de la complicidad de la naturaleza con el tipo de guerra que libran las pequeñas partidas de insurgentes.

“Podrá decirse que adonde llegan los enemigos para emboscarse, también podemos ir nosotros para desalojarlos, y es positivo que nada hay más sencillo que esta reconvencción, muy fundada a primera vista,

pero que para hacerla es necesario ver y examinar, tan detenidamente como yo lo he practicado, el modo y forma que los insurgentes tienen de emboscarse, y los puntos que para ello eligen.” Cuando éstos quieren poner una embocada hacen un reconocimiento examinando “cuál es el paraje del camino en cuyo borde hay más cantidad de arbustos espinosos y de cardenales, que unos con otros o ya entre sí enlazados, forman una barrera absolutamente impenetrable, y a quinientos, seiscientos, o mil pasos de allí [...]”, a machetazos abren un sendero paralelo al camino que tomarán las tropas regulares a sólo tres o cuatro varas distantes de la orilla del camino, y algunas veces, a ocho o diez. Ahí se fortifican contra la potencia de las armas realistas, ya que generalmente éstos poseían mejores armas, más precisas y en mejor estado, que los insurgentes. Los atacantes abren también algunos senderos y veredas para asegurar su retirada rápida y en secreto, “ya internándose en lo más enmarañado de los montes, ya saliendo a otros caminos por donde huyen”.

El brigadier Miyares concluye esa explicación táctica explicando a sus superiores que sólo una extrema vigilancia podía evitar que no se perdiera “un centenar de hombres cada vez que se haga esta jornada”, por suerte, los insurgentes estaban poco organizados. El brigadier no les teme ya

que, según su punto de vista militar, no tenían una visión estratégica global, empero, él está muy consciente de las posibilidades mortíferas de ese tipo de trampas ya que “verificadas estas emboscadas con conocimiento, conceptúo que no hay destreza ni valor que baste a impedir que sobre las tropas se hagan dos o tres descargas impunemente por unos hombres que no aguardan nunca y que conocen perfectamente el terreno”.

Este pequeño trozo de su “Diario” nos pareció interesante también para ampliar nuestro conocimiento sobre los efectos destructores de los cuatro primeros años de la guerra en la región, pues Miyares concluye: “Caserías y ranchos arruinados son los únicos objetos notables que se encuentran en esta jornada [...]”.

Después de haber descrito esa magnífica obra de ingeniería y su llanura circundante que era el Puente del Rey, Miyares explica que para controlar esa importante vía de comunicación, y por ende lograr controlar los desplazamientos de los insurgentes, se debería construir en la montaña “un gran fuerte, capaz de 250 hombres y tres piezas”, y del otro lado del río, otro fuerte de apoyo al primero de cincuenta hombres. “Situados estos dos fuertes y teniendo entre sí una comunicación telegráfica, no pueden sus defensores ser incomodados jamás por los rebeldes, y en el caso de que éstos estudiasen

un poco más la guerra y tratasen de incomodar a los soldados que bajasen a tomar agua del río, estaba esto prontamente remediado haciendo una simple comunicación cubierta, muy fácil de construir en este paraje, donde abunda la maleza.” Pero, una vez más, establecer ese control ya no era posible. “Si tuviese víveres dejaría yo guarnecido este punto, que abandono por la absoluta escasez de subsistencia en que me hallo; pero tengo la esperanza de tomarlo a muy poca costa, siempre que venga, aunque esté ocupado por los rebeldes, en razón de que estos, para nosotros, son unos enemigos bien despreciables.”

Del Puente del Rey al campo de Cerro Gordo, “Que son siete leguas y media del país, [...] no son otra cosa que rancherías destruidas [...]”

Llegando a Plan del Río, tiene que extremar precauciones por ser un paraje “sumamente expuesto para tropas que marchen por el camino real si no se toman de antemano las alturas de la izquierda, pues si algún cuerpo de tropa se empeñase en el Plan [...] no tendría más arbitrio que atacar de frente a la posición que no puede franquearse ni por derecha ni por la izquierda en razón de la profundidad del cauce de los ríos, cuyas orillas son altas, escarpadas y casi inaccesibles. Los puentes por donde se pasan los expresados ríos son de piedra, bastante bien contruidos y capaces de soportar artillería de todos

calibres. En el Plan hay algunas casas y una iglesia, todo destruido y abandonado”. A la mitad del camino entre los dos puentes del Plan, “se separa a la izquierda una vereda que conduce a los Remedios (antiguo campo de los rebeldes), distante a legua y media del Plan, y siguiendo la expresada vereda por el palmar, conduce a Jalcomulco, Apazapan y Xalapa”.

Siguiendo su camino, se topa con las ventas de Corral Falso y del Encero, la primera abandonada, la segunda habitada. Constata la multiplicación de las vías de comunicación, observa cómo “se separan a la derecha una multitud de sendas y veredas que se dirigen todas a varias rancherías de siembras y de ganados, situados en un paraje llamado la Barranca Atexcatl”.

A media legua de Corral Falso “se separa un camino que desde un cuarto de legua del camino real empieza a despedir veredas a derecha e izquierda, y por las cuales puede irse al Plan del Río y por Acazónica y Huatusco a todos los pueblos de la costa al sur de Veracruz. Se va también a las villas de Córdoba y Orizaba, y a todas las haciendas, ingenios, rancherías y pueblos situados al sur de Xalapa, como El Chico, la Estanzuela, Corral de Piedra, Pacho, el Trapichillo, la Orduña, Tuzamapan, etc., etc., y a los pueblos de indios llamados Jalcomulco, Apazapan, Teocelo, Coatepec, Xico, Ixhuacán de los Reyes, Santiago

Ayahualulco, etc., etc., y por consecuencia puede irse a Perote sin tocar en Xalapa.”

Pasada la venta del Encero, “se separa a la derecha una vereda que conduce a la ranchería llamada Del Castillo, siguiendo la mencionada vereda, a las rancherías y pueblos situados al norte de Xalapa, como Naolinco, Chiconquiaco, Acatlán, Tepetlán, Tenampa, Maxtatlán, Coacoatzintla, Jilotepec, Chiltoyac, etc., hasta San Miguel del Soldado, por donde puede irse a Perote sin tocar Xalapa”.

Para concluir sólo rescataré el panorama que nos ofrece de la venta y “el ingenio del Encero”. Nos dice que la venta se compone de “dos edificios situados en ángulo recto, uno con otro, de bastante capacidad, y demoran [*sic*] a la derecha del camino muy inmediato a él, y como 80 pasos del puente del Encero”. Esta venta es suficientemente grande porque en ella pudo alojar a 300 soldados. A 500 varas se encontraba la hacienda del Encero, “ingenio de azúcar de dos trapiches, uno de agua, y otro de mulas” que le parece interesante ya que le informaron que redituaba en años normales 12 000 pesos fuertes. Pero esa producción de azúcar, panela o piloncillo, e incluso la de aguardiente le son realmente de poca utilidad, porque lo que necesita desesperadamente es alimento para su regimiento. Si bien en las once casas que había en esa hacienda aco-

modó bajo techo a 900 hombres, muy pocos recursos pudo sacar de esta hacienda para tropas hambrientas, a no ser un poco de aguardiente. También apunta que lo único que se podría sacar en caso de una necesidad urgentísima, sería sacrificar a los bueyes destinados a la labor o algunas mulas, y machos del trapiche, lo que significaría acabar con dicho ingenio y, aunque no lo escribe pero seguramente lo piensa, echarse en contra a toda la gente que vive de y alrededor del ingenio. Dilema eterno de las fuerzas represoras que deben sobrevivir en un espacio pobre y hostil.

Finalmente llegarán a Xalapa, y si nos ofrece datos demográficos de esa villa es que sigue preocupado por el abasto de sus tropas: ¿tendrá esa villa suficiente alimento para un poco más de 1 000 personas, soldados con un sólido apetito novohispano que incluía una dieta de más de 500 gramos de pan y lo mismo de carne cada día?

Afirma que Xalapa contaba con un total de 9 640 habitantes, aunque “En el día hay más gente de resultas de la rebelión, pues muchos individuos y familias se han establecido en esta villa por la seguridad de sus personas, y por huir de las miserias de sus pueblos”.

Indica que “se hizo un plano detallado geógrafo-topográfico [*sic*] de esta provincia”, “en donde detalladamente se manifiestan su población,

sus producciones, su clima y demás circunstancias”.

Siguiendo este camino particular quise mostrar la importancia de esta obra por una inmersión profunda a un solo documento, no me queda más que felicitar calurosamente al coordinador Juan Ortiz Escamilla y a su equipo, por habernos ofrecido esta suma documental que segura-

mente contribuirá a dinamizar los estudios de historia regional sobre la Independencia y será considerada como un auténtico parteaguas historiográfico.

Fernanda Núñez Becerra
Instituto Nacional de
Antropología e Historia-Xalapa